

Es la guerra tecnológica

El arresto de Meng Wanzhou, hija del fundador de Huawei y su directora financiera, marca el principio de la guerra entre EE.UU. y China por el predominio tecnológico. La señora Wanzhou fue arrestada en una escala en Vancouver, a petición de las autoridades de EE.UU., que demandan su extradición. Alegan que Huawei habría violado el embargo a Irán suministrando componentes tecnológicos americanos y engañando a bancos americanos. Huawei es ya el segundo productor de teléfonos móviles por detrás de Samsung y un líder mundial en tecnología digital. La tregua comercial entre Trump y Xi de noventa días queda en entredicho, y las bolsas mundiales, con sus caídas, lo han entendido así. No ha ayudado tampoco el tuit de Trump: "I am a tariff man".

EE.UU. teme perder en un futuro próximo el liderazgo en robótica, semiconductores e inteligencia artificial a manos de China. La gran preocupación no es solamente económica sino también militar. Esto es así puesto que el liderazgo en inteligencia artificial puede ser decisivo en el futuro en una confrontación. Esta observación pone en perspectiva la actual guerra comercial desatada por el presidente Trump. Lo que está en juego realmente es la dominancia tecnológica.

No hay duda de que China ha abusado de las normas internacionales de comercio al violar las reglas de propiedad intelectual, favorecer a las empresas estatales y discriminar a empresas extranjeras. Además, la influencia que el Estado tiene en las grandes empresas chinas inquieta al mundo occidental, no sea caso que un caballo de Troya se introduzca en sus economías. De hecho, EE.UU. ha advertido al Reino Unido, Alemania y otros países que no dejen en manos de Huawei la expansión de la nueva red de 5G por miedo al espionaje del Gobierno chino. También creen que es más fácil probar legalmente una violación del embargo a Irán que prácticas de espionaje, y por esto quieren detener a Wanzhou. No

olvidan que el fundador de Huawei proviene del escalafón militar chino.

La influencia de las empresas chinas conectadas al Estado plantea un problema para las economías de mercado regidas por reglas democráticas. La misma Unión Europea no distingue si la propiedad de una empresa que actúa en su jurisdicción es pública o privada, solamente si cumple las reglas de la competencia. Sin embargo, surge un interrogante cuando existe la sospecha de que la empresa pública puede ser el instrumento de un gobierno extranjero, en



China se ha contenido en la guerra comercial, pero no cederá hasta equipararse tecnológicamente con EE.UU.

particular cuando este no está regido por las reglas de la democracia. Esta es la cuestión a la que se enfrentan las democracias liberales frente a la expansión de las empresas chinas.

Clausewitz definió la guerra como la continuación de la política por otros medios. De la política hemos pasado a la guerra comercial, que encubre la guerra tecnológica y que apunta a la confrontación militar en el futuro. Hay motivo por el que preocuparse. China se ha contenido hasta el momento en la guerra comercial, pero no cederá hasta conseguir una equiparación tecnológica con Estados Unidos.

La inversión en inteligencia artificial (IA) en EE.UU. y China es formidable. Por ejemplo, recientemente el MIT ha anunciado que invertirá mil millones de dólares en un College of Computing. El desnivel con la inversión en IA en Europa es enorme. Europa sufre, además, la fragmentación de su mercado frente a los colosos de EE.UU. y China, que implica una desventaja enorme en la recogida de datos para mejorar los algoritmos. La ventaja de Europa puede provenir de una mejor gobernanza de las bases de datos que respeten la privacidad de las personas. Las empresas tecnológicas de EE.UU. solamente quieren maximizar los ingresos por publicidad, mientras que los gigantes chinos bajo la influencia del Estado pueden querer minimizar la crítica interna al sistema. Sin embargo, la gran debilidad de Europa es su falta de unidad en la acción política. Es evidente que la inversión necesaria en tecnología digital es muy grande y que solamente una acción coordinada de la Unión Europea (UE) podría poner en el mapa a Europa.

La estrategia de las potencias occidentales, aunque la UE esté prácticamente desaparecida, no debería ser intentar bloquear el progreso de China. Esto solamente llevará a la confrontación. La estrategia debería ser integrar China en las instituciones de gobernanza global de acuerdo con su peso en el mundo y presionar para que las reglas de juego limpio en comercio y propiedad intelectual se cumplan. Hay que esperar, aunque no sea esta la dirección actual, que China se dé cuenta de que la concentración no democrática del poder político y el papel predominante del Estado en la economía serán en el futuro no un estímulo sino una barrera a la innovación. Y por ende pueden impedir que China alcance y se mantenga en la frontera tecnológica mundial.

Esperemos que la lógica de guerra de Clausewitz se quede en el estadio político y que China y EE.UU. no caigan en la trampa de Tucídides cuando explicaba en su *Guerra del Peloponeso* que la guerra era inevitable, "por el ascenso de Atenas y el miedo que eso inspiró en Esparta". ●